

Tras la línea

De Génova a Taj Mahal

Sergio González Rodríguez

La idea del devenir fantasma podría entenderse mejor como un paseo vital que se desvía de la determinación filosófica del “ser para muerte” heideggeriano en la dimensión temporal de la persona (o el “estar vuelto hacia la muerte”) y el ser para otro o hacia otro, tal como lo postula Emmanuel Lévinas en *Ética e infinito*: “Desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él sin ni siquiera tener que tomar responsabilidades en relación con él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago”.

Esta apertura al otro desborda la miseria del yo convencional que se debatiría entre la soledad y el nihilismo. El límite de mi libertad está en la del prójimo, que tiende en muchos casos a transfigurarse en un fantasma. Desde luego, el olvido del principio de responsabilidad que implica toda afección puede llevar a desplazar a la persona de su entereza y asumirla como un espectro insustancial que se vuelve sólo imagen. Bajo esa dinámica se produce el fenómeno del fetichismo.

Durante un viaje a Génova en 2008 extravié un guante en medio de una llovizna helada. En cuanto cayeron las primeras gotas de agua de una ráfaga que parecía trazar espirales en el puerto, la gente corrió a refugiarse en las cafeterías del vecindario, en sus casas o en algún portal. Los paraguas negros surgieron como una coreografía prevista de contrastes entre los salones luminosos y los muros grises de los edificios decimonónicos alrededor de la estación de trenes. Estaba a punto de iniciar el ascenso a la escalinata de mi albergue, cuando descubrí que, en la plaza de la librería que acababa de visitar, había perdido uno de mis guantes. Volví sobre mis

pasos y, bajo la llovizna que acrecía poco a poco, comencé a revisar el trayecto y las zonas que había transitado.

En la víspera, una de mis anfitrionas había extraviado su paraguas al dejarlo en una escalinata mientras conversaba conmigo. Al darse cuenta de su pérdida tiempo después, le sugerí que volviéramos a buscarlo. Se negó, a pesar de expresar un mohín de malestar. Comprendí que, en un puerto como Génova, el extravío de paraguas, sombrillas, guantes o bufandas debe de ser algo cotidiano y trivial. El episodio nos llevó a evocar aquella instalación del artista Christian Boltanski con una serie de objetos extraviados por los usuarios del Metro en Nueva York, reflexión conmovedora sobre el aislamiento de las cosas en tanto metáfora de las personas en la gran urbe. La ontología de los humanos entrecruzada con la ontología de los objetos.

Sin duda era yo incapaz de practicar el desprendimiento gentilicio de mi amiga, por eso decidí tratar de hallar mi guante bajo la lluvia. Conforme caminaba, mi vista se nublaba en los cristales de mis anteojos y la angustia me impulsaba a ir hacia delante o mirar a los lados. Incluso le pregunté a una dama si había visto un guante negro. Era yo un extraño que balbuceaba y chapurreaba en italiano, “guanto nero, guanto nero...”. Ella me vio como se mira a un mendigo loco y aceleró sus pasos.

El desaliento comenzó a invadirme y, para hacer un último esfuerzo, rebobiné la cinta de mi memoria y quise precisar en qué momento exacto pudo caerse el guante del bolsillo de mi abrigo. Debí de ser al momento de salir de la librería, cuando abrí el paraguas. Con el desánimo a cuestas, regresé: de seguro, la gente que entró y salió de allí se lo apropió. Como es na-

tural, a nadie le importaba en Génova un guante negro de algodón bajo la lluvia más que a mí. A unos metros de la librería, que ya había cerrado y apagado sus luces, inerte cual si fuera la mano cercenada de un africano, allí estaba mi guante, mojado pero entero. Lo levanté feliz de reencontrarlo. Muchas otras veces he olvidado paraguas en sitios públicos, libros en algún cine, incluso tarjetas de crédito y abrigos. Me intrigó el episodio del guante y empecé una breve psicopoesía.

El primer paso al respecto fue acudir al simbolismo de guante: Juan Eduardo Cirlot afirma en su *Diccionario de símbolos* que los guantes constituyen el vestido de las manos y son derivados de estas. Enseguida, desplaza el tema a un hecho curioso: en el trato reverencial o ceremonial con una autoridad o una fe la mano derecha debe quitarse el guante como signo de desarme. La mano (o el guante derecho) significa la voz sin velo y, por extensión, el lado franco de lo racional. En otras palabras, el desnudamiento de sí a través del guante. La entrega plena al otro.

Supongo que, en un giro inconsciente, tiré al suelo el guante aquel a modo de sacrificio mínimo de gratitud ante la ciudad de Génova y mis huéspedes, pero como hubo algo anterior a este viaje y a tal gesto-ofrenda, de inmediato quise recuperar tal prenda, que el *Diccionario de la lengua española* define así: cosa mueble que se sujeta especialmente a la seguridad o cumplimiento de una obligación.

Mi psicopoesía me llevó a situar cómo y cuándo me hice de tal guante, y el resultado fue previsible: tengo un afecto especial por el guante de algodón negro porque llevaba más de tres décadas guardado en un cajón y al fin le di un uso en el

viaje a Génova. Lo adquirí en San Antonio, Texas, en un almacén olvidado cuando, con el grupo de rock Enigma!, fuimos a un concierto allá. Era la segunda mitad de octubre y el otoño dejaba caer ya sus vientos helados, el cielo gris y pesado, el atisbo último de color dorado o rojizo de algunos árboles.

Antes de entrar a Estados Unidos, pasamos una noche en Nuevo Laredo. Cenamos en una pizzería y tomamos cerveza para combatir la baja temperatura, y emprendimos la búsqueda de un motel que nos recibiera a los cuatro y el flamante Volkswagen Sedán amarillo en el que viajábamos. Por ahorrar, elegimos un establecimiento espantoso, tenía el baño sucio y su ventana inexistente hablaba de alguien que quiso fugarse por allí. El cuarto era un espacio estragado, tenía manchas de sangre y excremento en el piso, era en sí una historieta sórdida y una amenaza fechada hacia el futuro. Dormimos vestidos y apretujados al juntar las dos camas. Pasamos la noche más fría de nuestra vida. En cuanto se vio la luz mortecina del amanecer, salimos disparados de allí. En el primer almacén de San Antonio que vimos, entramos a comprar guantes y bufandas. El guante que rescaté en Génova era de aquellos.

Cuando llegué al albergue Santa Brigida puse a secar el guante caído y, al hacerlo, observé que, contra mi certeza de haberlo puesto listo para usarlo en el bolsillo de mi abrigo, el guante estaba al revés. Conjeturé que, quizás, alguien lo había levantado antes que yo lo encontrara y volvió a arrojarlo al piso. Al realizar ese movimiento para poner el revés del guante, surgió una nubecilla espectral, que espantó al curioso y lo obligó a tirar mi prenda de nuevo al piso. Pero esta había dejado de ser un simple guante para representar en realidad la sutileza de lo que fuimos nosotros en el viaje a San Antonio. La muestra de mi juventud y mi inocencia parcial. Al exponerse al reverso de sí, el guante en Génova debió de recorrer el sentido opuesto de su simbolismo (desvestirse-vestirse; develarse-velarse) y, en consecuencia, por eso fue rechazado como ofrenda. La alteza del puerto, cualquiera que sea, me devolvió lo que era y seguirá siendo mío.

La lección es contundente: los fantasmas no son intercambiables, no hay un tráfico de fantasmas. Tampoco son transferibles. El ser para otro es general como mandato y particular como designio. Reitero a Giorgio Agamben en *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*: “el objeto perdido no es sino la apariencia que el deseo crea al propio cortejar del fantasma, y la introyección de la libido es sólo una de las facetas de un proceso en el que lo que es real pierde su realidad para que lo que es irreal se vuelva real”. Justo como un guante revela su derecho y su revés. La idea del “ser para muerte” es un surtidor de fantasmas de ultratumba, del más allá. En cambio, el ser para el otro trae consigo fantasmas vitales, del más acá (aunque lleguen a ser generados por personas o cosas muertas).

El propio Martin Heidegger pudo construir una arquitectura filosófica de gran alcance a partir de relegar la metafísica occidental y volcarse en el estudio de la pregunta que interroga sobre el Ser, cuya tierra adentro de tipo conceptual fue una Antigüedad precristiana y griega. Para este “grecófilo” (Peter Sloterdijk *dixit*) la

casa del Ser es el lenguaje, un encasamiento del hombre con sello hegeliano. Es decir, una mansión poblada de espectros.

Ahora caigo en cuenta que, en el reverso de aquel guante, estaba el viaje a San Antonio, nuestra música, las revistas porno que compramos, las risas, la hermandad y la promesa de algo impreciso que intuíamos, quizás incumplido para siempre. Y, entre otras cosas que ahora olvido de ese viaje, recupero la imagen del Volkswagen amarillo a toda velocidad en la Ruta 35, lo entreveo en la distancia mientras llega a mis oídos “Corinna” en la voz y guitarra de oro viejo de Taj Mahal, que escuchamos entonces en la radio:

*Got a bird what whistles, baby got a bird
Honey got a bird... it would sing, baby
got a bird*

*Honey got a bird... it would sing
Without my Corinna, sure don't mean...,
sure don't mean a natural pain...*

En este momento tengo entre mis manos el guante de algodón negro. Me devuelve una caricia a través de la que otros hablan. **U**



Génova, Italia

© Diego Cambiaso